

# Cultura y Tolerancia

REVISTA MENSUAL

PORTAVOZ DEL ATENEO BEJARANO

Redacción y Administración: Mayor de Pardiñas, 43.— Por ahora no se hacen suscripciones.

Número suelto: 10 céntimos.

Quien no quiere pensar, es un fanático; quien no puede pensar, es un idiota; quien no osa pensar, es un cobarde.

LORD BACÓN

Debemos tender á nuestra felicidad por medio de la felicidad de los demás, si queremos que estos tiendan á la suya por medio de la nuestra.

DOM DESCHAMPS.

Si no sabeis aplaudir á los enemigos y censurar á los amigos, cuando lo merezcan, no escribais.

POLIBIO.

## MISIÓN ALTRUISTA DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD

**CONFERENCIA** leída por su autora, en la gran velada extraordinaria celebrada por el ATENEO BEJARANO, en su domicilio social, la noche del 1.º de enero de 1912, primer aniversario de la fundación de dicho centro cultural.

SEÑORAS, SEÑORES:

Me encuentro aquí entre vosotros faltando a un solemne propósito mío: El de no dirigirme nunca directamente al público. He advertido que, generalmente, el conferenciante que más sabe hacer reír es el que consigue evitar mejor el bostezo del cansancio en su auditorio, y yo no he sido capaz nunca de hacer un chiste de zarzuelita por horas. Por eso me había propuesto no presentarme al público; y hablarle con toda libertad desde mi gabinete de trabajo; con esa libertad y serenidad que nos da el no verle el rostro.

Pero he recibido la carta del digno presidente de este centro, ese hombre excepcional, tan honrado, tan culto, tan bueno y tan amante del ideal, que se llama Blázquez de Pedro, y recibí con su carta los números de esa revista intitulada con las dos palabras, que son el grito del necesitado que pide el *pan* y el *agua* para su espíritu: CULTURA Y TOLERANCIA. En esa revista he visto el reglamento de vuestro Ateneo, que ha sido como veros el alma. Este centro fué iniciado—decís—por la Juventud Republicana, Agrupación Socialista y Grupo Anarquista; y aquí caben gentes de todas las ideas, de todos los partidos; la puerta está abierta al pasajero, la biblioteca a quien quiera utilizarla; aquí se puede discutir todo, no hay vallas, no hay limitaciones; sólo la conducta recta y digna forma nuestras credenciales... lo único que se prohíbe son los apóstatas, no a nuestras ideas, sino a las ideas. ¡A las ideas! A los seres santos y salvadores, que han levantado este edificio moralmente.

¿Cómo iba yo a negarme a vuestro llamamiento? Tuve que derribar con un esfuerzo la muralla de libros y cuartillas que me cerca, para escaparme y venir hasta aquí. Porque en la obra de la mujer, en un país donde es excepcional vivir del trabajo y de la pluma, los libros representan un peso que nos envuelve y nos agobia. Algo así como el capillo que se teje el gusano de seda. Nos vamos envolviendo y enterrando en nuestra propia labor... sin esperanza ninguna... El hombre es más desdichado que el gusano; a este le da alas de mariposa su trabajo... a nosotros Nada...

Pero en esa aspiración suprema, que hace llorar a los brazos, el no ser alas, yo ví aparecer este centro como un oasis en medio del desierto. Me pareció una casa de amplios ventanales, abiertos sobre el campo, a

todos los vientos, a todas las luces; en un sitio muy alto, muy alto, entre las nieves de vuestra sierra; allí donde hasta la misma nieve se endurece y no falta su blancor jamás.

¿No pudiera ser este el punto de partida, la primera piedra para construir la ciudad ideal? Porque todos lloramos por una Jerusalem que parece víctima de sus crímenes... y todos queremos dirigir nuestros pasos a una Mesopotamia... y vamos solos... y la fuerza para caminar no nos la ha de ofrecer otro cáliz que el que mane de nuestra propia fuerza, y sólo nuestra razón nos ha de marcar el sitio en que nos hemos de detener para decirnos: «Este es el lugar de las delicias. Alma, hagamos aquí nuestra morada.»

Vosotros os habeis detenido ya en el camino, habeis puesto la primera piedra y habeis edificado una casa: Esta. La amais con amor de creadores... ya veis... hoy festejamos su primer aniversario, como los primeros pasos del hijo de todos... Es el día en que hemos puesto al primogénito su vestidito blanco y sus primeros zapatitos, ¡ya da solo los primeros pasos!... y habeis querido asociarme a este regocijo. Me habeis dado parte en esta fiesta de familia. ¿Cómo no agradecéroslo de todo corazón? Hay más razón de celebrar una fiesta de aniversario que de inauguración. En la primera existe una promesa, aquí tenemos ya la realidad.

Por desgracia no siempre se presenta la ocasión de crear. Tenemos mucho que destruir; ¿y qué nos dareis en cambio?, dicen con voces severas los egoístas, los que no admiten la eventualidad de dormir una noche al raso.

Nosotros no sabemos lo que les podremos dar. La intuición nos dice que algo mejor que lo que hoy existe; pero las creaciones han de ser obra de las necesidades del momento. La obra social no es una obra de teatro, en la que el autor divide los actos y las escenas, y sabe lo que han de decir los personajes y como se han de mover para llegar al final meditado. En la obra viva surge lo imprevisto, lo desconocido. Se necesita sólo grabar la idea de Justicia en su más amplia acepción en todos los corazones. Existiendo la Justicia no hacen falta las leyes que la adulteran. En esta misión el papel principal nos corresponde a las mujeres.

Nosotras tenemos una misión natural e histórica, importantísima que cumplir. Somos las encargadas de crear el amor y hacer sentir la belleza. Aunque se nos quiera pintar como un ser débil, inferior y desgraciado, no lo creais. Podemos sentirnos orgullosas de ser mujeres.

Yo no soy feminista, según el significado que generalmente se da a esta palabra, que ha tenido la virtud de herir de muerte a la causa que simboliza.

Creo el feminismo producto de una mala organiza-



ción social, en la que careciendo de un buen reparto del trabajo, todos hemos tenido que tomar parte en la lucha, con perjuicio de la armonía que debe reinar en los hogares, y por lo tanto en la sociedad; puesto que la suma de todos los hogares constituye la ciudad y la nación.

Es verdad que, en virtud de esta organización, la mujer se ve obligada a tomar parte en la vida pública, con un derecho natural que no puede negársele. Pero se da el caso de que mientras se le veda lo que es lógico se le aplauden las arbitrariedades.

No hemos de divagar por un campo de especulaciones difusas, para deducir si la mujer es superior o inferior al hombre; si es un ser *maligno y bello*, o un *animal de cabellos largos e ideas cortas*, como han dicho los filósofos modernos; o bien si su influencia es de *angel o más amarga que picadura de escorpión*, como nos dicen en su manojito de flores místicas los Santos Padres de la Iglesia.

Nosotros vamos a estudiar a la mujer en lo palpable, en lo visible, en su papel vivo y en las fuentes de su vida. La Psicología se llama para nosotros Biología.

Esta ciencia, aun en sus comienzos, viene a llenar los baches y hendiduras que la ignorancia puso en el camino de la sapiencia. Ella nos dice como las manifestaciones de la vida responden a los órganos que la crean; y como a distintos órganos han de corresponder diversas modalidades del pensar, del sentir y del querer, esas tres esferas totales de la actividad humana, que establecen la variedad del individuo dentro de la unidad de la especie.

Es un axioma que hemos nacido diferentes al hombre y por lo tanto no podemos ser iguales que él. Si nos empeñamos en no ser mujeres y no podemos llegar a ser hombres, ¿qué nos queda? ¿qué tipo creamos? Un ser intermedio, igualmente rechazado por ambos, con el absurdo de una degeneración que constituya la selección inversa; cuando en su marcha lógica nada camina hacia atrás. La feminista masculinizada es la negación del progreso de nuestra especie, en la cual la *hembra* ha creado a la *mujer* y la *mujer* ha creado a la *madre*.

Me aterra esa fiebre de la mujer feminista que aborrece al hombre, que le ve como un enemigo, que le combate y sin embargo quiere imitarle y confundirse con él. Creo que esta manifestación de feminismo no es sincera. No he visto que la sostengan nunca más que las fracasadas. Las que no han tenido quien las ame.

Es una tristeza este fracaso. Permitidme que os diga que la feminista no es la mujer. La Mujer no fracasa jamás. Fracasa la hembra; y de la hembra nace la feminista masculinizada. Esa que en su despecho abomina de las gracias del sexo, alardea de *espíritu fuerte* y se viste con sombreritos redondos, cuellos de hombre, trajes sastre y botas de siete leguas... Las que abominan de las flores, de los encajes, de los perfumes y del amor...

¿Y sabéis por qué hay seres femeninos que se quedan en hembras sin llegar a ser mujeres? Porque no se ha fijado el verdadero concepto de nuestra misión y no se las educa para ella.

No creáis que el educar es darle a la mujer una instrucción de discípulas de las Ursulinas. No. No es estar educada saber saludar cortésmente, presentarse en los salones, tocar un poquito el piano, chapurrar un idioma, escribir con ortografía y saber hacia que parte del globo está la China ni cuantas personas murieron en la batalla de Alarcos. No. Ser educada es desarrollar las facultades nativas, intrínsecas, y perfec-

cionar el carácter para poseer la bondad, la justicia, el conocimiento de la propia dignidad y la ternura mensa que rebosa del corazón femenino, que no se extravía, como brota el agua de los manantiales de una sierra.

La mujer sólidamente educada no fracasa jamás. No es esa niña inútil y vana, tipo ordinario de muchas *señoritas*, cuya ocupación principal es pescar marido, y todos los días se exhiben y pasean, como bestia de feria que espera el comprador.

Esas tienen la necesidad de casarse, sea como sea con amor o sin él. Necesitan marido, porque ellas son incapaces de bastarse a sí mismas y creen su única salvadora el matrimonio, no para edificar un hogar sano, puesto que en el hogar es donde mayores dotes se exigen a la mujer, sino para tener marido. Estas desgraciadas son las que luego se tornan en feministas, de las que acritud, porque o no se casan o constituyen un hogar desdichado. Al que amargan sus anhelos.

La mujer, la que merece este nombre, no necesita ser sabia. Le basta con ser sencilla, culta y buena.

El verdadero progreso consiste en ser buenas y ser cultas. Hay que formar a la mujer para que se bastarse a sí misma y vea en el hombre un compañero y si este no llega, renuncie a él sin odio ni rencor, refugiándose en uno de tantos ideales como la vida ofrece: La ciencia, el arte, la humanidad, la filosofía.

Es un absurdo que la mujer viva sólo para el amor y renuncie a todo cuando este se le acaba. Así atemoriza la vejez de esas mujeres que sin ideales, sin cultura, su atavío, sin anhelos de belleza o de altruismo, se encierran al lado del fuego a rezar el rosario y tomar pectorales, cuando son inútiles, no para el amor, sino para la coquetería. Porque el amor que se engendra con el espíritu no muere jamás.

Así es ocioso discutir si la mujer es superior o inferior al hombre. Ambos son iguales y se complementan en su misión, con modalidades distintas que no pueden confundirse. Las diferencias se han acentuado más con la ley de herencia, pues no puede negarse que el fuerte abusa del débil, mientras la conciencia del derecho no le protege. Además es ley universal que, cuanto más se seleccionan los seres de una especie en las capas superiores de la escala Zoológica, más se tiende al disformismo.

La naturaleza, obedeciendo a sus leyes, ha creado los órganos según la función que desempeñan, y la fuerza de la mujer se ha reconcentrado en la maternidad; función de amor, de dolor, de abnegación, la más sublime. Para cumplirla ha sido preciso que predominara en la mujer la vida afectiva, la sensibilidad. Sólo así puede tener fuerzas para cumplir su cometido.

Se ha creído que es un signo de debilidad y de inferioridad esta mayor fuerza sensitiva de la mujer. ¡Bendita inferioridad la que da fuerza para velar a la cabecera del enfermo, del desvalido, del necesitado, y enjugar las lágrimas y consolar los dolores! Esta debilidad es nuestra fuerza. ¿Sabéis la suma de bondad, de ternura, de altruismo y de grandeza que existe en el corazón de las mujeres ignoradas y sencillas? No necesitan las grandes hazañas: Yo he visto a una mujer renunciar al matrimonio, para servir de madre a cinco sobrinitos huérfanos y trabajar para sostenerlos y educarlos. Yo he visto a una anciana de 60 años pedir limosna, para sostener con ella al compañero de su vida, también anciano y paralítico. Yo he visto a una mujer joven y llena de vida arrimar por caridad la hostia de su seno a la boca de un niño con viruelas... y ¿a qué seguir? Esto es lo ordinario. A cualquier parte que mireis encontrareis los mismos ejemplos. Seguramente que ahora recordais mil casos parecidos;



de esas que no se escriben en mármoles y bronce y forman, con su amable sencillez, el verdadero heroísmo y la verdadera sabiduría.

Tenemos el defecto de no considerar héroes y sabios más que a los que han sabido hacerse un pedestal de hombres para levantarse sobre él. Hemos visto al sabio sólo como una unidad extraordinaria y no hemos pensado en todos los anónimos, los humildes; los del pedestal, los que le dieron el germen de su sabiduría... y menos mal si no los colocamos entre los sabios a los inventores de cañones y fusiles. Los héroes son los que se han puesto su uniforme para que los veamos... cuando el verdadero heroísmo no ha dejado jamás uniformes ni grandes cruces.

Por eso yo quisiera poder fijar aquí la verdadera misión de la mujer moderna. No hemos de estar fatalmente encadenadas a la rutina y obrar siempre como nuestros antepasados han obrado; escribir como ellos escribieran, pintar como ellos pintaran, y respetar las leyes que nos dieron. Nuestra obra así es una obra de muertos y la vida y el progreso nos reclaman. ¡Si al menos tuviera un valor ético!, pero desgraciadamente son la inmoralidad y la mogigatería las que triunfan.

El tipo de la mujer moderna es el de *Nicolas* en *Matrimonios Morganáticos* de Max Nordau. Es la mujer libre y casta; dulce y fuerte; que ama y piensa; y que sabe usar de todos sus derechos sin dejar de ser la compañera del hombre y la mujer del hogar. Muy mujer; algo coqueta, en la acepción de deseo de agradar; y digna sin ser desagradable y hosca, como todas las que creen que la virtud está reñida con la libertad, el trato cordial, la sencillez y la alegría.

Así como todos esos delirios de igualdad sin distinción de sexo me parecen ridículos y odiosos, la igualdad con distinción de sexos se impone lógicamente, si no queremos restar de la sociedad un elemento necesario, para asegurar el reinado de la Justicia y la mayor suma de felicidad posible.

Esta es una labor en la que nos teneis que ayudar los hombres.

No olvidéis que en nuestro regazo aprendéis a sonreír, y que es la sonrisa de la madre, que se inclina sobre la cuna, la que genera vuestra primera sonrisa. No olvidéis que es por nosotras por quien sentís el primer latido del cariño, el primer espolazo de la pasión.

Teneis que hacer de nosotras vuestra esposa y vuestra madre. La compañera y la educadora de los hijos. Educadnos para no poner en manos débiles e inconscientes el honor y la felicidad.

Hay un intercambio en los dos sexos. A veces un hombre es cruel con una mujer porque otra le destruyó el corazón. En ocasiones una mujer no puede hacer feliz a un hombre por la amargura que otro puso en su copa.

Así cuando la mujer se dignifique, vosotros os elevareis. Sabrá ser la madre que imprime en el corazón de los hijos la rectitud y la justicia; sabrá ser madre de hombres honrados; y ellos mismos le darán entonces sus derechos y su respeto.

Quiero repetiros que abomino de la mujer marimacho y marisabidilla. Pero no creo por eso que nos está reservado en la vida un papel pasivo de esclavas. Nos necesita la sociedad para dulcificar sus leyes y sus costumbres. Nosotras tenemos que hacer una obra de extensión fuera del hogar, pero sin salir del hogar moralmente. Al arte, a la ciencia, a la política, a todo lo que hagamos, hay que darle un fondo sentimental y elevarlo a enriquecer el tesoro de nuestra casa. Hay que ver como se hace entrar todo lo que nos parece gigantesco por esa puerta estrecha de los hogares, co-

mo cosas internas, que es preciso que lo llenen todo.

Es labor de mujer conservar el día anterior que pierden los hombres en su fiebre diaria, y conservar lo mejor y lo más fuerte de lo que los hombres tienen que abandonar de su granero, mientras acuden al trabajo fuera de la casa. Se nos impone una labor de conservación y de creación paralela a la del hombre; que nos coloca a su misma altura.

¿Quién puede negar que las cuestiones sociales nos interesan tanto como a él? ¿Quizás más! Puesto que debemos nuestra inferioridad real en las leyes al no poder intervenir en ellas ni inspirarlas.

Debemos tener toda la visión de lo que los hombres hacen, lo cual es ya de por sí una obra de cultura superior. Debemos velar por lo que van a hacer y al darles el beso de paz sobre la frente, en el dintel de nuestra puerta, poner en él todo el consejo y toda la dulzura que se sedimenta en el alma, después de un profundo trabajo, a la luz de una lámpara, en un gabinete lleno de paz y de serenidad.

Yo quiero pintaros aquí la situación anómala en que nos colocan las leyes y las costumbres, para que veais como se nos imposibilita esta misión de altruismo, única cosa que me hace añorar los derechos que se nos niegan y combatir para conquistarlos.

Entendedme bien. Yo no quiero, por un delirio de egoismos femeninos, ni por vanidad, ni siquiera por mejorar la situación material, cosa lícita y explicable, reclamar los derechos de la mujer. Sino por acrecentar la suma de justicia que debe haber en la sociedad. Por dulcificar la rudeza de las leyes; por el bien de la humanidad toda.

Es justo que la mujer goce de todo el respeto de que hoy carece. Que el Código la iguale al hombre, en todos los derechos civiles y políticos... ya que la iguala en el código penal... que las que tienen disposición para ello, sin perjuicio de su feminidad, tengan opción a las carreras y plaza en las lides del arte y del trabajo.

Pero la obra femenina ha de ser obra de paz. No hemos de conquistar todos esos derechos perorando sobre un feminismo empírico ni con batallas de mitin. Lo hemos de conquistar en nuestro hogar, educando a los hijos, despertando su amor al bien, siendo vuestras colaboradoras. La obra de la mujer tiene que ser de lucha para conquistar la paz. Nuestro programa señala el exterminio de los enemigos más crueles del género humano: Guerra a la guerra, a la pena de muerte, al alcoholismo, a la tuberculosis... a la ignorancia, en una palabra.

¿Pero cómo ha de poder la mujer realizar esta obra, si no se le dan siquiera los derechos unidos a la persona? ¿Si se le niega la personalidad jurídica?

¿Conoceis bien el puesto que las leyes nos asignan? Si explicase las limitaciones que nos impone el derecho civil necesitaría un volumen. Somos la eterna menor. Soltera, bajo la dependencia del padre; casada, del marido. No puede disponer de sus bienes, ni comerciar, ni contratar, ni tener siquiera la libre administración del producto de su trabajo que las duras leyes de Roma consentían a las esclavas.

Y paso sin hablaros del concepto que se tiene del honor, de la falta de protección a la madre soltera; de la organización de una familia cimentada sobre las formalidades del Código, que llama *adulterio* a la falta de fidelidad en la mujer, y da al marido la facultad de matarla por un *delito* que cometiendo el hombre se considera como leve falta.

Nada os digo de como se educan mujeres y hombres en un país donde no existe la coeducación y como van



al matrimonio no estando establecido el divorcio; cosa que hace injusto castigar el adulterio.

Ni os hablo del neo-Malthusianismo, tan necesario para los pueblos que no se entretengan en tener muchos hijos para mandar *almas al cielo* y carne a los presidios y cuarteles.

Ni puedo hablaros de la situación de la obrera, ni de mil cosas más que harían esta interminable. Me tengo que ceñir al tema.

Sólo os haré notar que excluirnos del Jurado es otra vejación indigna. La equidad más elemental exige que en todas las causas el número de hombres sea igual al de mujeres. Pero esto es indispensable en esas que se ha dado en llamar crímenes pasionales. Puede suceder que el espíritu de solidaridad de los hombres domine y traten con excesivo rigor a la mujer, o por el contrario que una simpatía sexual los haga demasiado piadosos con ellas, en perjuicio de la justicia, más garantida con la presencia de los dos sexos en el tribunal.

La influencia benéfica de las mujeres en los tribunales se ve en los países en donde se la admite como abogado. Es siempre la defensora apasionada de todas las buenas causas; y en los Estados Unidos se ha hecho indispensable en los tribunales especiales de niños; hasta el punto de que, en el Congreso internacional de Protección a la Infancia reunido últimamente en París, se ha pedido que la mujer sea juez de instrucción en los delitos infantiles.

En los correccionales de niños de Nueva York, se da el caso de que la ternura de las mujeres ejerce tal influencia sobre los pequeños delincuentes, que sólo con entregarlos a carceleras se han hecho innecesarios guardias y castigos; pues todos cumplen sus deberes de buen grado, con el estímulo del amor.

¡Y las leyes nos regatean hasta la tutela de los hijos y nos limitan los derechos sobre ellos!

Es un concepto deprimente el que se tiene de nosotras. No se nos confía jamás un cargo administrativo que pueda tener responsabilidad.

Y este concepto civil, por decirlo así, se extiende hasta invadir el concepto religioso. Se nos niega como impuras el derecho al sacerdocio... Conste que no quiero reivindicar este derecho. Porque los derechos a esgrimir las armas o ejercer el sacerdocio, son dos cosas que yo no las deseo ni para los hombres...

Sólo quiero hacer notar que la misma Iglesia nos coloca, como las leyes civiles, en una situación de inferioridad.

San Ambrosio dice: «Eva dió la manzana a Adam y causó así la perdición del género humano. Es justo que la mujer viva sometida al hombre a fin de que no nos pierda por segunda vez su imprudencia.»

¡Qué graciosa lógica! Y a ella le hemos debido tantos siglos de esclavitud.

Si de los derechos civiles pasamos a los políticos la injusticia es mayor, se nos niegan por completo; cuando en buena lógica los derechos civiles y políticos no deben basarse sobre el sexo, sino sobre la capacidad de cada uno.

Si las mujeres tuvieran los derechos políticos, sentirían la necesidad de ilustrarse para ejercerlos de un modo consciente como el hombre. No se considerarían como libres de la responsabilidad moral que todos tenemos de contribuir a la gran obra de mejorar la suerte de los humanos. Pero se le ha dado el concepto de su inferioridad y lo que es peor se le ha hecho resignarse a ella.

Los partidos reaccionarios combaten la libertad de la mujer; quieren que sea la máquina pasiva que no

se opone a sus arbitrariedades y que inmoviliza su peso muerto la sociedad que ellos explotan.

Y así educan a las mujeres, como flores de invernadero, coquetas, muñecas, incapaces de nada grande de nada heroico, sin más aspiración que la de saber vestir... y desnudar.

Ellos dicen: «No se debe instruir a las hijas. El haber mucho les es perjudicial. Si se les meten muchas ideas en la cabeza, se hacen enemigas del hogar, amantes de la libertad.» Así tenemos aun pueblos en España donde se mira como una monstruosidad el que las mujeres aprendan a leer.

No saben que la cultura aumenta la sensibilidad, depura, desarrolla el sentimiento estético, base de la verdadera moral, y nos da el concepto de la justicia. Se crea con ella una mayor suma de amor y por tanto una mayor suma de felicidad; puesto que el amor se acrece con la capacidad de amar. ¡Si fuera posible amar todo cuanto existe y decir sin hipocresía: *hermana agua, hermana flor!*

Otras veces pretenden ridiculizarnos diciendo con feroz egoísmo: «Si mi mujer va al foro ¿quién me ocupará los calcetines?», y no ven que están sus mujeres todo el día fuera de casa, gastando el tiempo en ocupaciones vanas y perjudiciales.

Algunas, dicen:

«Tendrán que suspender el juicio para amamantar a un pequeñuelo», y olvidan que ellos lo suspenden para fumarse un cigarrillo.

En ocasiones, irritados porque los partidos que avanzan llevan en su programa la igualdad de derechos, quieren caricaturizarnos creyendo que la mujer educada perderá su encanto o que abandonará sus deberes maternos. Ni lo uno ni lo otro.

La mujer dará siempre la sensación de su belleza; esta traerá consigo el amor. Será siempre la madre; esto traerá consigo el respeto.

Sin duda se amará más a la mujer útil y digna que a la frívola y a la abyecta. Es un error creer que renunciaremos a nuestras aficiones femeninas, y que dejaremos de ser amantes o de merecer la idealización del amor. El amor no puede dejar de existir y con él el hogar y la familia. ¡Suprimid el amor y el mundo se extinguiría en las tinieblas!

En cuanto al segundo argumento, la experiencia demuestra que los hijos no son obstáculo a ningún trabajo de la mujer.

La obrera no deja de asistir a la fábrica ni la dama a los salones por causa de los hijos. María Teresa de Austria, cuya figura se destaca en la historia como luchadora y sabia, tuvo 16 hijos.

Y lo más triste es que los derechos políticos que nos niegan los tenemos de hecho y los ejercemos con inconsciencia y sin responsabilidad. Así muchas mujeres ponen la papeleta de voto en las manos de su marido, como Eva le dió la manzana a Adam... Inducidas por la serpiente...

Porque, dígame lo que se quiera, el hombre oye siempre la voz de la mujer y no puede sustraerse a la dulce súplica de una voz amada. Apoderarse de la conciencia de la mujer es apoderarse de la familia entera. No dándole una cultura que la defienda, dejamos abierta la puerta falsa de nuestros hogares.

Además se da el fenómeno de que la mujer, por naturalidad, es más patriota que el hombre. El patriotismo es un sentimiento, y en este punto todos los sabios están conformes en que nosotras sobrepasamos a los varones. A la patria va unido un sentido de maternidad. La *madre patria*, la lengua *materna*; y es ese sentido el que forma la grandeza de los pueblos. Aquel contra el que no pueden luchar los conquistadores.



Se ven casos de dominar a una nación por la fuerza bruta pero no poder dominar su espíritu. Después de la conquista viene la asimilación, y es entonces cuando se ve el patriotismo de las mujeres, más que cuando han sido heroínas en el combate.

Alemania no ha ganado ni un francés de Alsacia-Lorena, ni Rusia tiene un polonés que sea suyo, aunque han conquistado el territorio. Beben el odio a los dominadores en el seno de sus madres, cuyo corazón es la roca inquebrantable unida a la vieja patria.

Os digo todo esto para hacer notar qué inmenso es el dolor que agobia a las mujeres que piensan, cuando ven los males que afligen a la patria y que les alcanzan a ellas y alcanzan a los que aman, y tienen que permanecer como si fuesen indiferentes. Sin poder llevar sus energías y su aliento a la obra común.

Y vemos leyes injustas, y vemos abusos, y vemos tiranías; y vemos como el alcoholismo deshace los hogares, como la tuberculosis se extiende, como crece la ignorancia y muere por incuria la flor de los hogares con los niños que traían su sonrisa de amor, y como se extiende el malestar, y como se cierne la amenaza sobre cuanto nos es querido, realidad e ideales... y hemos de estar cruzadas de brazos.

Lo repito una y mil veces. Entendedme bien. Habéis querido que viniera a hablaros y os hablo leal y honradamente. Con el alma. No es un feminismo vano el que pretendo. Es que no se nos dé un papel tan pasivo, cuando nuestra ternura y nuestro esfuerzo son necesarios a la humanidad y a la patria.

Comprendo que no es ameno el tema que traigo, para celebrar una fiesta. Pero no lo he elegido yo. Es la triste actualidad que hoy tiene, la que me ha obligado a pensar en él.

Yo tengo la ilusión de que el día que la mujer reivindique sus derechos se acabarán muchas crueldades. Creo como la infortunada Princesa de Wizniesky que nosotras conquistaremos la paz universal.

Se cree que es antipatriótico hablar contra la guerra. Yo por el contrario lo creo la más alta manifestación de patriotismo. Basta con mirar las estadísticas de nuestra nación. ¡Dos millones de hombres muertos en las guerras que ha sostenido España en el siglo XIX! ¡Dos millones de hombres! ¡Dos millones de vidas! ¿Lo entendeis bien? ¿Abarcais el horror de esta cifra? Dos millones de hombres son dos millones de familias. Se ha segado lo más fuerte y lo más hermoso de la raza. ¿Es antipatriótico oponernos a la guerra?

Contemplad por un momento la figura de Napoleón 1.º en los campos de Friedland; de pie, inmóvil, sombrío, viendo tendidos ante sus plantas millares de cadáveres mutilados, sangrientos... debió sentir en su alma una picadura de remordimiento que quiso ahogar en una frase cínica: «Una noche de París me resarcirá.»

Para él no hubo ni el presentimiento del dolor de las madres. Las mujeres eran máquinas para proveerle de instrumentos pasivos de su egoísmo. Según el tirano, los pueblos han sido creados para dar placer a sus gobernantes; del mismo modo que la mayoría de los hombres piensa que los animales nacen para su servicio. Yo creo que las mujeres, hasta en sus crueldades, llevan en el fondo una gran piedad que se opone a todo esto. ¿Recordais a Carlota Corday? Tal vez os habeis hecho un tipo de crueldad de ella; es difícil concebir como se mata por amor. Generalmente no se comprenden más crímenes pasionales que aquellos en que el odio o los celos arman la mano de un hombre o de una mujer contra el ser que han amado; porque cuando se mata ya no se ama. En el crimen pasional no hay amor; el amor lo sabe perdonar todo; y es sólo

el despecho, la desesperación del bien perdido, el odio naciente e implacable el que mata.

Los únicos que pueden cometer crímenes por amor son los revolucionarios. Los que extraviados en su fe aplican la teoría del mal menor y piensan que salvan a su pueblo. Yo he comprendido esto ante el retrato de Carlota Corday; viendo sus ojos serenos, su frente noble, su expresión tranquila. Tal vez se creía elegida por un brazo justiciero como Juana de Arco. Seguramente no odiaba a Marat, y su crimen fué un crimen de amor a la patria.

Otra revolucionaria es un dechado de ternura: Luisa Michel, la terrible Virgen Roja, siempre dispuesta a excitar a la rebeldía; mientras era la protectora de todos los seres desvalidos, no sólo entre los humanos, piltrafas del arroyo, productos híbridos del alcohol, la miseria y el vicio, sino de los perros, de los gatos, de los animales abandonados y hambrientos.

Otro ejemplo de un amor inmenso lo ofrecen las revolucionarias rusas. Es admirable cómo mujeres jóvenes y hermosas, dulces madres de familia, damas de nombre y posición, lo sacrifican todo para hacer causa común con el pobre pueblo oprimido. Esas mujeres débiles no van a la lucha guiadas por un egoísmo personal; y saben sufrir la cárcel, el martirio, las vejaciones; hasta llegar a la protesta de dejarse morir de hambre. Todo por amor a la justicia. Se comprende que lo hagan así ante el espectáculo de abyección que presenta su pueblo. La violencia suele no ser más que el latigazo de la conciencia que despierta.

Pero no siempre la revolución entraña el estallido de las armas, de los desórdenes y de la sangre. Hay una revolución pasiva que nos cuadra bien a las mujeres. La que han enseñado sus madres a los dukhobors de América, esos hombres admirables que han jurado morir con las manos puras y consienten en sufrir todos los martirios, antes que mancharse en sangre de un semejante suyo, sea por la razón que sea.

¡Si toda la humanidad en masa obrase así! Yo espero que llegue el día en que esto suceda, porque de siglo en siglo la ética de la humanidad progresa y los sentimientos se suavizan. Ya no consentiríamos los atroces martirios de los siglos pasados, y nos horrorizamos de ellos como los venideros se espantarán de nosotros.

Ahora mismo una multitud de duelos nacionales, que no necesito enumerar, flota en el ambiente. Nuestra fiesta está envuelta en un velo de tristeza. No puede haber alegría a la sombra del cadalso, y amenazan con levantarle en nuestro suelo. ¡Espectáculo anómalo e impropio de este siglo en una nación civilizada! La misión del hombre en la tierra (no acordados del Catecismo del Padre Ripalda) es la de conseguir la mayor suma de felicidad posible; y esta no puede realizarse mientras exista la injusticia. El dolor es como una flor gigantesca, cuyo perfume lo envenena todo. No es posible ser feliz sabiendo que existe un dolor, que no puede ser ageno siendo humano.

La mujer no necesita razones, ni políticas ni científicas ni jurídicas, para rechazar la pena de muerte. La rechaza por sentimiento.

Y no es que exista en nosotras esa miopía intelectual, de que hablaba H. Spencer, que mira sólo a lo cercano. Es que somos madres.

Las mujeres que hemos creado la vida, las que sorprendidas ante su misterio la hemos sentido germinar en nuestro seno; las que sabemos el dolor y el amor que hay en una existencia, tenemos una autoridad, hasta diría una inflexión en la voz, para rogar y exigir que no se mate en nombre de la ley; que no se castigue el crimen con el crimen; que no se deshaga



la vida de un hombre. Porque matar a un hombre es matar a un hijo; es destruir la obra de la maternidad.

¿Cómo no se levantan las madres en masa y, lo mismo que las santas de las escrituras que iban medrosas a recoger los cadáveres de los mártires, no van a derribar las guillotinas? ¿No veis que amenazan, en lo imprevisto de la vida el cuello de todos vuestros hijos? ¿No veis que sufren otras madres como vosotras?

Desgraciadamente hay algo de feroz en la caridad, cuando sacrifica al cuerpo para salvar el alma. Es preciso salvar en el hombre el alma con el cuerpo, porque en el cadalso se le guillotina el alma.

Es un defecto de multitud ver el gesto del rostro lívido que se retuerce en la agonía, con los ojos fuera de la órbita y la lengua colgando en las fauces abiertas; y no ver también como empalidece, se amorata y agoniza el alma, desorbitada y con la lengua fuera. ¡Pobre alma que se apaga maldiciendo, para ir a enterrarse con el reo en el rincón de oprobio de un cementerio! ¡Mujeres, a nosotras nos está encomendado evitar el horror del cadalso! Influid para que vuestros maridos, vuestros padres y vuestros hijos no elijan jamás un diputado de la nación, sin el compromiso formal de que trabaje para abolir la pena de muerte.

No olvideis vuestra fuerza y utilizadla de un modo benéfico. No sed como esas mujeres que esperan para hacer su simulacro de protección que el mal no tenga remedio, y sólo la dispensan al mendigo ciego y enfermo, al tullido, al idiota, al andrajo de carne que ya no se puede zurcir. La protección ha de llegar a tiempo de no dejarle que pierda los ojos. Pero se prefiere el mendigo irredento para evitar el mendigo ingrato. Mientras un ser no ha perdido toda su gallardía no se le protege. Hasta parece que las mujeres que se crean una ansiedad morbosa de sensaciones fuertes, desean que se presente la desdicha para experimentar el placer de la compasión. Hay tal vez en el fondo del alma algo de crueldad, que se complace en la comparación de nuestra suerte con la desgracia de las otras. Acaso nos creemos superiores al proteger; acaso hay algo de vanidad al sentirnos satisfechos de nosotros mismos.

Para destruir este germen es preciso que no demos por caridad lo que estamos obligados a dar en justicia.

Pero dejando, si fuese posible, aparte estos motivos de sentimiento, la razón, desde todos los puntos de vista en que se coloque, rechaza así mismo la pena de muerte. Es una tristeza que ya que España no es un país de iniciativas sea un país de retrocesos. Un país de santos mártires. Porque ved bien en la historia y vereis como siempre los santos de mañana son los reos de hoy.

De todos los que perecieron como criminales en la hoguera, en el martirio o en el cadalso, hemos hecho nuestras grandes figuras de héroes y santos: Savonarola, Giordano Bruno, Miguel Servet... Me detengo. El catálogo de nombres es interminable... Algunos están muy cerca de nosotros y por eso aún no les ha llegado su exaltación... Quizás a todos ellos, cuando los demás les desconocían, les había presentado sólo un alma de mujer.

\*  
\*\*

Termino; perdonadme que os haya hablado de cosas tan áridas... Pero se necesita que las mujeres nos ocupemos de ellas y que no estemos siempre contentas, teniendo un espejo y almendras tostadas, como decía Lord Byron. Yo llevaré en mi corazón el recuerdo de simpatía que con vuestra amable acogida habeis

grabado en él, en este ATENEO BEJARANO que tan gallardamente labora por la cultura patria.

Desearía sólo que mi palabra no fuese estéril, por ser mía, sino por el amor con que os la dirijo. Cuando, en vez de celebrar el primer aniversario de este centro, celebren su entrada en la edad adulta, que allá no existan ya en España todos estos absurdos que hoy combatimos. Esa es mi mayor aspiración. La conservaré con vuestro nombre y vuestro recuerdo; así en el triunfo como en la lucha, estaré unida a vosotros. ¡No me olvideis!

*Carmen de Burgos Seguí (Colombine).*

(Antes de la disertación, repetidas veces durante la lectura de la misma y al final de ella, recibió Colombine los aplausos unánimes, insistentes y encendidos aplausos.)

## MANANTIAL

Entre espadañas, mirto y romeros,  
en calurosa tarde estival,  
hicieron alto los tres viajeros  
ante las aguas del manantial.

Robles gigantes le daban sombra,  
césped florido formaba alfombra  
junto al venero murmurador;  
y el agua clara, corriendo pura,  
prestaba al campo dulce frescura,  
hojas al árbol, vida a la flor.

Su sed calmaron los caminantes,  
y a los fulgores agonizantes  
de la serena tarde estival,  
escrita vieron esta sentencia:

«Procura siempre que tu existencia  
sea como el agua del manantial.»

No es mal consejo—dijo el más mozo—  
y al comprenderlo siento que el gozo  
llama a las puertas del corazón;  
como el arroyo se trueca en río,  
correr el hombre debe, y con brío  
hacerse grande por la ambición.

—Es buen consejo—dijo pausado  
otro viajero grave y honrado;—  
hay que ser puros para vencer;  
como las fuentes son las criaturas,  
y almas y linfas han de ser puras,  
si cual espejos han de esplender.

—¡Noble enseñanza! ¡Sabio consejo!—  
dijo el viajero caduco y viejo;—  
la sed templemos y, en odio al mal,  
el bien hagamos con ansia inmensa,  
sin esperanzas de recompensa,  
como las aguas del manantial.

*León Tolstoy.*

Todo home se debe mucho guardar en su palabra,  
de manera que sea acertada e pensada antes que la  
diga; ca después que sale de la boca no puede home  
facer que non sea dicha.—*Alfonso X, rey de España.*

Una mentira no deja de serlo aunque la proclamen  
cien veces.—*Maeterlinck.*

Por un tropiezo no renuncies al propósito que te  
habías propuesto realizar.—*Shakspeare.*



## BUENA, BELLA, GENIAL Y CULTA

Con triste frecuencia suelen no ser buenos los que tienen inteligencia y saben adquirir ilustración. Lo cual no deja de parecerme anómalo; porque quien sabe mucho de ciertas materias o algo de todas y no sabe hacerse bueno, poco en certeza sabe. El fin y la aplicación primordiales del saber deben ser la bondad en todas sus modalidades. Ser inteligente y sabio y no ser bueno es ser inteligente y sabio menos que a medias.

Los conocimientos que vayamos asimilando deben servirnos para modelar nuestras entrañas y nuestras envolturas, de acuerdo con las bondades estéticas que procuramos brillen en nuestras obras, sean estas poesías, novelas, cuentos, artículos, esculturas, pinturas, composiciones musicales, inventos científicos o industriales, etc. La bondad de las formas ha de ser producto en unos casos y génesis en otros de la bondad de los fondos.

Y es muy cierto que, entre los artistas y entre los científicos de todas clases, no se encuentran de ordinario tantas personas buenas como es debido encontrar, aunque ello, al tener que confesarlo, nos duela y nos apene.

Por eso, cuando hallamos una persona de arte o de ciencia que, además de talento y de cultura, tiene bondad, nuestro placer para con nosotros mismos y nuestro amor para con ella alcanzan supremas altitudes.

Que es precisamente lo que a mi me ha ocurrido con la excelsa Carmen de Burgos Seguí (*Colombine*.)

Cuando me dirigí a ella, para que nos dispensase la señalada merced de venir a disertar en nuestro ATENEJO BEJARANO, lo hice sin conocerla personalmente y por la sola razón de merecerme un muy levantado juicio, como escritora y como mujer moderna de criterio amplísimo.

Después, al tener la ventura de conocerla y de tratarla un poco, he podido convencerme de que la persona; la mujer iguala en merecimientos a la escritora. Escribe con genialidad, tiene hermosura, está en posesión de cultos saberes y es buena, muy buena: Madre insuperable, compañera siempre noble y siempre cordial, amiga excelente; buena, en suma, bajo todos los conceptos y amplitudes del vocablo. Buena para los chicos, para los medianos, para los grandes, para todos; sin que por esto deje de ser enérgica y viril, si la necesidad lo demanda, con energías y virilidades que para si quisieran muchos hombres.

Ante nadie, sea quien fuere, falta en su bello rostro una sonrisa de afectuosidad y en su dulce voz una palabra amable.

Le gusta que la quieran—así nos lo dijo con sugestiva naturalidad, llegando a la finca *El Bosque* de esta ciudad de Béjar—y de seguro que lo consigue; porque todo el que sabe querer tiene que ser muy querido. Y en el corazón de la completa mujer y fastidiosa escritora *Colombine* hay un tesoro inmenso de amor ternísimo, para todos los seres y para todas las cosas, para el *hermano hombre*, para el *hermano lobo*, para la *hermana yerba*, para la *hermana roca*; un amor de tanta delicadeza y magnitud como el de Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Luisa Michel, Fermín Salvochea, León Tolstoy.

Por su rareza y originalidad, he querido ocuparme con preferencia en estos renglones de la bondad de *Colombine*, rasgo el más saliente y fúlgido de su encantadora manera de ser.

Hasta el punto de que no vacilo en proclamarla la Musa del ATENEJO BEJARANO, que aspira a sacar de su

seno una falange de seres buenos antes que de seres sapientes, aunque esta es también predilecta aspiración suya.

A la vez he querido poner de manifiesto tal bondad, sobre todas sus demás altas cualidades, a fin de dar a los artistas que son buenas personas la importancia que merecen, y contrarrestar con ello a los muchos que creen que, para ser grandes y alcanzar gloria y provecho, la bondad es algo inútil o innecesario, o al menos merecedor de posponerse al talento y a la sapiencia; siendo así que la bondad, a mi entender, debe anteponerse a todo.

J. M. Blázquez de Pedro.

## PRECIOSAS AÑADIDURAS

La conmemorativa velada de 1.º de enero del cursante 1912—la más selecta y brillante de cuantas tiene efectuadas el ATENEJO BEJARANO—fué adicionada a última hora con dos números positivamente notables.

María de Burgos, la digna hija de *Colombine*, cuerpo muy lindo que lleva dentro una espiritualidad exquisita, angelical y ensoñante de artista superior, leyó, con el misterioso gesto y con la eufónica entonación de hada que la caracteriza, la muy sentida composición poética «Nocturno. (A Rosario)», debida al numen gallardo del malogrado poeta americano Manuel Acuña.

El otro número adicional del programa constituyólo la recitación del intermedio del poeta de la filigrana literaria y escénica, escrita por el depurado Martínez Sierra, que se titula *Canción de Cuna*. La desempeñó nuestro paisano, el simpático joven Máximo Hernández Díaz, con una maestría y un buen gusto de que carecen muchos cómicos profesionales, incluso algunos que gozan de nombradía.

Sólo esta vez le he visto y oído declamar y me ha bastado para creer que atesora relevantes condiciones de actor. Que las cultive y se me dará la razón de esta mi apreciación alentadora y franca, al ver como da él días de gloria a la escena española.

María y Máximo fueron con toda justicia muy aplaudidos y felicitados.

B. de P.

## QUIEN DEBE PAGAR

Hay quien tiene la imprudencia de olvidar, torpe o ligero, o sus deudas de dinero o sus deudas de conciencia.

Y se forja la ilusión de que es insolvente, cuando está el infeliz pagando con su propia estimación.

Porque todo el que se atreve a prescindir del deber, se expone siempre a perder mucho más de lo que debe.

G. Núñez de Arce.

El valor de un Estado no es más que el valor de los individuos que lo componen.—J. S. Mill.



## OTRA PARTICIPACIÓN NUESTRA EN LA OBTENCIÓN DEL ANHELADO INDULTO

En paquete certificado, remitimos oportunamente a su destinatario la siguiente solicitud:

Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

Las que suscriben—madres, hermanas, esposas e hijas de los socios del ATENEO BEJARANO—convencidas de que la pena de muerte es una de las mayores afrentas de los países en verdad cultos y de que matando legalmente a los criminales no se disminuye sino que se aumenta la criminalidad, y estimuladas en las más tiernas reconditeces de sus seres femeninos, por la bellísima y altamente humana disertación que leyó, en el mencionado centro de cultura, la excelentísima y genial escritora doña Carmen de Burgos Seguí («Colombine»), que con nosotras firma este documento—recurrimos a V. E. en demanda piadosa de que sean indultados los reos de muerte de Cullera.

Acto generoso que esperan obtener de los levantados sentimientos de V. E., cuya vida desean perdure muchos años.

Béjar 10 enero 1912.

(Siguen las firmas en número de 323).

Suprimir las ideas es secar la fuente de donde mana el porvenir. Ninguna generación tiene derecho a interrumpir así el curso de la Historia. Ninguna está autorizada para fallar supremamente sobre lo verdadero y lo falso.—*Alfredo Calderón.*

Contentaos con la Naturaleza y sed salvajes. Olaiti, por ejemplo, es un paraíso. Solamente que en ese paraíso no se piensa, y más valdría un infierno inteligente que un paraíso bestia.—*Victor Hugo.*

¿Hay alguno a quien desanimen las dificultades y que se doble ante la tormenta? Ese hará poco. ¿Hay alguno que quiera vencer? Esa clase de hombres siempre triunfa.—*J. Hunter.*

La persona ociosa es igual a un muerto: indiferente a los cambios y a las necesidades del mundo, sólo vive para pasar el tiempo y comer los frutos de la tierra.—*J. Taylor.*

En el retiro se forma el talento, y el carácter en el torrente del mundo.—*Goethe.*

Todo lo que no se conforme a la conciencia es delito.—*San Pablo.*

Trabaja por extirpar el mal. Embellece la tierra cultivándola de vegetales y animales útiles.—*Zoroastro.*

En cambio de la paz que les quitamos, ¿qué damos a los pueblos que pretendemos civilizar? Vicios que ignoraban, apetitos que no tenían y un yugo sin el que se pasarían muy bien.—*G. de Rubin.*

El que da ejemplo de traición a los demás debe vivir en guardia contra los traidores, y el que da lecciones de asesinato tema que algún día le alcance el puñal de sus discípulos.—*Federico II, rey de Prusia.*

Ten cuidado, pueblo, de no elevar ídolos; tus ídolos de hoy son mañana tus verdugos.—*F. Pi y Margall.*

Debo todo el éxito de mi vida a haber estado siempre sobre cubierta una hora antes de lo que debía.—*Nelson.*

Observa lo que admiraron los grandes hombres porque admiraron grandes cosas; los espíritus mequetruinos admiran rastreramente y veneran vilmente.—*W. M. Tackeray.*

*Los Rayos X*, de Cádiz, ha tomado de CULTURA Y TOLERANCIA la poesía «Silenciosa enseñanza», original de nuestro querido amigo y colaborador asiduo Emilio Muñoz García.

*Correo del Cauca*, de Cali (Colombia) ha reproducido también de nuestra revista el artículo «Sentido verdadero de la tolerancia», de J. M. Blázquez de Pedro.

## EL «CHARTREUSE»

Los Cartujos franceses han vendido recientemente en ocho millones de francos la receta de su famoso licor «Chartreuse».

Esta fórmula se conservaba en una arca de acero templado a prueba de indiscreciones.

En un principio, la receta estaba escrita en una hoja pequeña de pergamino y era bastante sencilla; pero con el trascurso de los años fueron añadiéndose ingredientes y modificaciones, que se escribían en nuevas hojas, convirtiéndose en un verdadero libro, en el que se describe la manera de preparar, conservar, mezclar y trabajar las 147 sustancias que entran en la composición del licor.

Béjar: Establecimiento tipográfico de F. Muñoz.

Provincia de.....